

# Una figura poliédrica

Isabel de Armas

De poliédrica figura calificó el Premio Nóbel Camilo José Cela a Gregorio Marañón, este médico que caracterizó una época de la historia de España; que tuvo una presencia inmensa en la vida española del siglo XX. Marañón se movió en un mundo muy amplio que incluyó: la medicina como preocupación nacional y su práctica como misión decisiva; sólido interés por el problema sanitario y social; humanismo profundo; pasión por España; elaboración de biografías como estudios del alma humana y preocupación por el exilio, en especial por los exiliados a raíz de la Guerra Civil de 1936.

En su biografía, o radiografía, que es como Antonio López Vega subtitula este libro, se ha trabajado muy a fondo el amplio recorrido vital de tan insigne personaje. Tras diez años de estudio e investigación, en el resultado queda claro que el autor no ha escatimado esfuerzo; que sigue paso a paso, casi al milímetro, el pensar y el sentir, los hechos y los dichos del doctor Marañón pero, el único pero es que este profesor de Historia contemporánea no consigue transmitir toda la fuerza y pasión que su biografiado poseía. Tal vez, consciente de su limitación expresiva y, también de sus múltiples conocimientos del tema que se trae entre manos, se ciñe en el esfuerzo de llevar a cabo un exhaustivo recorrido vital de su personaje; de todo el pensamiento y la acción que llenaron sus 73 años de intensa y comprometida vida. Pero, como digo, a la hora de exponer, a López Vega le falta garra. La «mar-

---

Antonio López Vega: *Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal*, Editorial Taurus, Madrid, 2011,

cha» que el doctor Marañón tenía, no se deja ver bien en este riguroso y frío trabajo. Es el único «pero» que encuentro a la valiosa e impecable tesis que comentamos. Quizás esta es la razón por la que el autor utiliza en el título la palabra «radiografía», en lugar de la clásica «biografía».

El profesor López Vega divide su trabajo en cuatro partes: Juventud (1887-1922); Plenitud (1923-1936); Desconcierto (1936-1942) y Posibilismo (1942-1960). Este esquema coincide en su contenido con «el deber de las edades» que tanta importancia tuvo en el pensamiento marañoniano. En este «deber», Marañón incluye el examen sistemático de las obligaciones del individuo en cuatro etapas específicas de su desarrollo biológico: la niñez, que necesariamente demanda la obediencia; la juventud, que demanda la rebeldía; la madurez, que requiere la austeridad, y la senectud, que es una etapa de adaptación.

### **Marcados por el Desastre de 1898**

Si Menéndez Pelayo, Galdós y Pereda fueron fundamentales en la conformación de la conciencia liberal de Marañón, el punto de inflexión de su infancia fue, sin duda, el *Desastre*. Cuando se produjo, entre abril y agosto de 1898, la destrucción de la flota española por parte de la norteamericana en Cavite, Filipinas, y en la bahía de Santiago de Cuba, Marañón tenía 11 años. Junto a los miembros de su generación, eran los que han sido llamados *teenagers del desastre*. Aquel ambiente de zozobra, consecuencia de la pérdida de los últimos reductos coloniales de España, marcó la adolescencia de la futura generación del 14. El profesor López Vega nos cuenta cómo, cuando aquellos *teenagers* se acercaron al llamado *problema de España* que heredaron de sus mayores, Marañón, Ortega, Azaña o Pérez de Ayala, entre otros muchos, asumieron el reto de generar la reforma profunda que llevase a la modernización de España, a la europeización, un reto que se convirtió en rasgo definitorio de sus contemporáneos. La emblemática fecha del comienzo de la I Guerra Mundial dio nombre a su generación, y en España fue el primer grupo generacional que no estaba formado por hombres vinculados al mundo de las letras

exclusivamente. De hecho, su principal preocupación fue situar la ciencia española, en el más amplio sentido de la palabra, al nivel europeo.

En 1908, cuando Marañón contaba 21 años, encontró en Lolita, de 20, el amor de su vida. Desde que la conoció, y hasta el final de sus días, vio en ella a su media naranja. Así se lo expresaba a su querida y recién estrenada novia: «...que cada pensamiento y cada deseo sea por igual de los dos; que yo pueda encontrar un consuelo para mi desaliento o una alegría para mi alegría, en la misma medida que tú las encuentres en mí, y, en suma, que no vayamos por la vida llevando el uno al otro de la mano, sino los dos cogidos del brazo. ¿Qué te parece este modo de ver las cosas?».

Su idealización de Lolita era total. En ella veía Marañón esa compañera con la que aspiraba a compartirlo todo, a ser uno solo. Desde sus años de amor juvenil hasta su vejez, siempre vivió su amor como una gozosa y continua sintonía. Sintonía que no viene precisamente de la igualdad, de moverse de tú a tú, sino de la diferencia. Para Marañón la clave de la cuestión era la biología, para él no había duda, el fin primordial en la vida de la mujer era la maternidad. El rendimiento intelectual y creativo quedaba, pues, reservado al hombre, y en la capacidad de éste influía nada menos que la testosterona: «es más –afirmaba el sabio doctor–, hasta las más refinadas actividades de la inteligencia humana, el pensar y el crear, están estrechamente unidas con la función endocrina del testículo».

Resultaba chocante este argumento «científico» en un tiempo en el que, sin salir de nuestro país, cada vez había más mujeres con un protagonismo notable en el campo del intelecto. Casi sin pensarlo, vienen a la memoria nombres como Emilia Pardo Bazán, María Zambrano, Ernestina de Champourcín, Concha Espina, Concepción Arenal, Clara Campoamor y Victoria Kent, entre otras. Sin embargo, a pesar de que la realidad cantaba, Marañón no se apeó de sus fundamentos e insistió en que en la ciencia las mujeres son buenas técnicas, pero no inventoras; y en el arte buenas ejecutantes, intérpretes y copistas, pero que no suelen innovar nada. Por ello, para él, las actividades que la mujer desempeñaba de manera acorde a su biología eran las de maestra, enfermera y ayudante de laboratorio y, desde luego, no era apta para desem-

peñar cargos públicos, pues su disposición espiritual no la dotaba de «independencia de criterio, resistencia a la sugestión, firmeza de juicio, iniciativa intelectual rápida, voluntad recia, y una cierta dureza sentimental».

Esta cuestión le llevó a polemizar con científicos y feministas que sí fueron capaces de atisbar que las diferencias biológicas en nada afectaban a la capacidad intelectual de las mujeres, las cuales sólo requerían igualdad de oportunidades educativas y liberarse de las cargas domésticas y del cuidado exclusivo de la prole. Su admirado Ramón y Cajal fue uno de los grandes que defendía que lo que separaba ambos sexos era precisamente esa diferencia de oportunidades. Pero Marañón siguió pensando que lo prioritario era hacer de la mujer una persona autónoma respecto del varón con herramientas intelectuales –instrucción– y biológicas –sexualidad informada y dirigida bajo criterios eugenésicos– que le permitieran llevar una vida digna y avanzar en el campo de los derechos fundamentales. El eminente doctor insistía en que «nadie puede sostener hoy día que la esencia de la masculinidad sea superior a la de la feminidad. Son simplemente distintas; y su excelencia respectiva depende justamente de su distinción, que debe, por ello, llevarse hasta su máximo».

## **Liberalismo con socialismo**

En la actualidad política española del verano de 1910, el sistema de turno había dado paso al Partido Liberal y su líder, José Canalejas, había asumido la presidencia del Consejo de Ministros. En las elecciones que habían ganado los liberales el PSOE había logrado por vez primera un Diputado en el Congreso de los Diputados. Desde Frankfurt, donde el joven doctor se especializaba en endocrinología, seguía con pasión y enardecimiento propios de su edad el día a día del gran teatro de la política. Marañón esperaba con ansiedad el gran momento en que Pablo Iglesias y los socialistas cambiasen el rumbo político del sistema que, desde 1898, venía renqueando y que para una parte sustantiva del país –obreros, intelectuales, políticos y partidos de izquierda– mostraba evidentes signos de agotamiento. «El joven Marañón –escribe

el autor de este libro— entonces identificaba su liberalismo con las aspiraciones de Pablo Iglesias». Su izquierdismo y radicalidad causaron cierta preocupación en su medio familiar, aunque la toleraron. «Decía sentirse —afirma López Vega—, en ese momento, cada día más socialista y creía un deber defender estas doctrinas. Los hermanos de Marañón compartían sus ambiciones revolucionarias y el padre, aunque contrariado por la beligerancia de sus hijos, comprendía sus razones».

Sin embargo, su entusiasmo político no le llevó en ningún momento a abandonar lo que siempre fue la pasión de su vida: la medicina y, dentro de ella, la endocrinología. En 1914, con la publicación de su monografía *Las glándulas de secreción interna y las enfermedades de la nutrición*, adelantaba uno de los puntos fundamentales sobre el que desarrolló su investigación en décadas venideras, la llamada teoría pluriglandular, de la que fue pionero junto con el italiano Nicola Pende, el francés Gley y el norteamericano Starling. En síntesis, consistía en el análisis de la participación de las glándulas endocrinas o de secreción interna —tiroides, hipófisis, suprarrenales, genitales, etcétera.—, en diferentes procesos metabólicos humanos como la nutrición, el crecimiento, la sexualidad, la senectud, etcétera. Pero el doctor Marañón nunca fue el típico especialista. Lo que le definió fue su visión antropocéntrica de la medicina, en la que todo gira alrededor del enfermo y su circunstancia. Esta visión es la que ha hecho que pase a la historia como prototipo del médico humanista, precursor de la hoy llamada medicina personalizada, la que centra los diagnósticos y tratamientos en las particularidades biológicas, fisiológicas y metabólicas de cada enfermo.

## Política y profesión

Fue Ortega y Gasset, quien entonces situado, en cierto modo, en la estela del reformismo, impulsó la Liga de Educación Política, plataforma a través de la cual habrían de hacer oír su voz los intelectuales sin necesidad de figurar en ningún partido político, en lo que sería, de hecho, el antecedente directo de la Agrupación al servicio de la República que vería la luz en 1931. Para sus inte-

grantes, las élites culturales y científicas debían desempeñar un papel fundamental en la implantación de una España nueva y vital, a través de aquella europeización que caracterizaba a su generación. Ni que decir tiene que Marañón compartía esas aspiraciones. Su viaje de ampliación de estudios a Frankfurt, la metodología y el rigor de sus investigaciones, el racionalismo que aplicaba a su trabajo científico, le identificaban plenamente con la que se conocería como Generación del 14, generación que concebía su influencia en la política a través de su prestigio profesional. La guerra europea logró aglutinar en torno a una causa común a buena parte de los intelectuales del momento, hasta el punto de que se sintieron con fuerza suficiente para exigir a Alfonso XIII lo que consideraban urgentes reformas. Concretamente, pedían al rey la implantación del sistema parlamentario liberal con todas sus consecuencias, algo que en España no era posible, como consecuencia de las atribuciones otorgadas a la Corona en la Constitución de 1876. Alfonso XIII se negó y, a partir de entonces la relación de los intelectuales y el rey no hizo más que deteriorarse, hasta terminar en divorcio en la década de 1920.

El autor de esta biografía, destaca, más como defecto que como cualidad, el optimismo desmesurado de su personaje, que le lleva, algunas veces, a equivocarse de plano. En esa línea de «optimismo desmesurado», el 1 de agosto de 1928, en una *tercera* de *Abc*, Marañón auguraba el fin de las dictaduras como consecuencia del irreversible progreso de la humanidad. Frente a la realidad sociopolítica a la que se asistía en una Europa que estaba a punto de abrir la página más negra de su historia, Marañón pensó que el inexorable avance científico solucionaría las desigualdades entre los pueblos y que el progreso constante de la historia erradicaría las guerras. «Se equivocaba –comenta López Vega–. Ese mundo justo no sólo no llegó, sino que la humanidad se disponía a vivir la peor de las pesadillas». Pero Marañón no hizo rebaja en su optimismo y, en diciembre de 1939, de regreso en París de un viaje por Latinoamérica, en un banquete ofrecido por el embajador de Argentina, Marañón insistió en su deseo de comunión de los pueblos latinos europeos y de América del Sur, bajo la pauta del pensamiento liberal. Tras las transitorias dictaduras establecidas en los distintos países, estaba convencido de que llegaría una nueva

aurora liberal. De nuevo se equivocaba, pues aún tardarían mucho en florecer los sistemas parlamentarios y los Estados de derecho. En muchos países latinoamericanos las dictaduras de distinto signo político se perpetuaron en el poder durante varias décadas.

En los comienzos de la década de 1930, Marañón basculó entre dos aguas. Si por un lado insistía en la implicación política de los intelectuales, por otro se percataba de que si la mejor gente para definir el curso político del país era la que estaba comprometida con la tarea de educar, entonces si se ausentara de esa actividad el resultado sería devastador, y no sería adecuadamente compensado con la contribución que pudiera aportar en el campo político. A finales de 1930, Ortega, junto a Marañón y Pérez de Ayala acometieron de lleno la formación de la Agrupación al servicio de la República que vio la luz en 1931. En su manifiesto se apostaba por la implantación de una República de todos que impulsase la tan mentada regeneración de España. Distanciándose del bolchevismo y del fascismo. Sus autores también criticaban la carencia de sensibilidad de la Monarquía hacia los problemas nacionales.

El 14 de abril de 1931, la prensa internacional bautizó a Marañón con el apelativo de *l'accoucheur de la République* –el partero de la República–. Nunca le gustó ese apelativo pues, aseguraba, sólo actuó como testigo en la histórica reunión en la que Romanones y Alcalá Zamora decidieron la salida inmediata de España del rey. ¿Y qué República querían? La Agrupación publicó una circular en la que destacaban cuatro puntos básicos: reforma de la sociedad y del Estado de modo ordenado y pacífico; separación de poderes y secularización del Estado; implantación de un régimen autonómico que representase la diversidad regional española, descartando el federalismo; conjugar la reducción del liberalismo económico y el incremento de la intervención estatal.

### **Sin perder el optimismo**

Al cumplirse el primer aniversario de la llegada del nuevo régimen, Marañón no perdía el optimismo, y lo expresaba así: «Aunque no se han cumplido las promesas de felicidad paradisíaca que algunos insensatos suponían adherida al hecho escueto de sobre-

venir la República, ésta es un hecho consumado, desagradable para algunos, agradable para otros; pero engranado definitivamente en la Historia universal». Sin embargo, algo estaba cambiando. A partir del verano de 1932, el desencanto se fue apoderando poco a poco de aquellos hombres liberales. En octubre se publicó un manifiesto disolviendo la Agrupación. Terminaban tres años de ilusiones y esperanzas en los que los intelectuales habían contribuido decisivamente al advenimiento de la República. Marañón, a diferencia de otros, no dejó de referirse de modo positivo al transcurso de esa etapa política. Se declaraba azañista y pensaba que don Manuel podía todavía hacer muchas cosas positivas. Pero a pesar de su optimismo imperecedero, no dejaba de ver que, una y otra vez, chocaban las dos Españas. Mientras una, representada por Menéndez Pelayo, miraba hacia el pasado, la otra, representada por Giner de los Ríos, afrontaba el futuro con esperanza y método. Para él, la nueva España podía y debía fundir ambas concepciones, para lo que sólo se necesitaba comprensión y tolerancia en cada bando. Su optimismo ya era inmortal.

En 1936 Marañón salía de España, hacia París, consternado por cómo los españoles se despeñaban por el precipicio del odio, la incompreensión y el rencor. Iba a cumplir 49 años y asistía desolado a la lucha fratricida que ponía fin a tanta ilusión y esfuerzo. Veía la Guerra Civil como un desastroso fracaso colectivo. Desde entonces y hasta el final de la guerra, dedicó decenas de intervenciones públicas, discursos, conferencias, artículos y escritos de distinta índole a explicar su visión de la contienda.

Para Marañón, España asistía a una lucha entre el comunismo y el anticomunismo. En la guerra que se estaba librando, aunque los dos bandos eran antidemocráticos, uno estaba encaminado a instaurar un régimen comunista con vocación de permanencia, en tanto que el otro desembocaría en una dictadura que él contemplaba como transitoria hacia una nueva era liberal depurada de errores pasados. Desde este punto de vista, la victoria de Franco era un mal menor. «Como muchos otros intelectuales liberales del momento –escribe López Vega–, Marañón se percató del peligro de lo que llamaban *bolchevización* o *sovietización* del Gobierno de Madrid, pero no supo ver el peligro fascista que entonces representaba Franco».

¿Qué esperaba Marañón que ocurriese tras la Guerra Civil? Sus llamamientos a la reconciliación nacional fueron constantes; algo sobre lo que insistiría permanentemente hasta el final de su vida. Ya en el verano de 1937 pidió públicamente la construcción de una España de todos, que hiciera posible el regreso de todos los españoles. «Ahora nuestro deber –decía– es predicar, como Lincoln, después de su guerra: *sin rencor para nadie, benevolencia para todos*». Pero a pesar de sus bienintencionados esfuerzos, Marañón fue visto con recelos por ambos bandos. Para los republicanos, su salida de España y su apoyo a la propaganda franquista era una traición. En la causa franquista no todo el mundo terminaba de fiarse de él debido a su perfil liberal y su pasado republicano.

En el otoño de 1942, la alternativa para el matrimonio Marañón no era o la España franquista o la Europa aliada, sino la Europa fascista/totalitaria o el exilio americano. Antes que vivir en el París nazi, Gregorio y Lolita prefirieron regresar del exilio. Él tenía 55 años y todo aquello por lo que había luchado en su vida estaba destruido: el Instituto de Patología Médica, la modernización y europeización de España, y, en fin, la República liberal que había apadrinado junto a Ortega y Gasset y Pérez de Ayala y que se había visto, primero desbordada por la revolución y, después, aniquilada y perseguida por el golpe de 1936 y la dictadura de Franco. Finalizada la II Guerra Mundial, y ya hasta el final de sus días, Marañón apoyó la causa monárquica, convencido de que era la única institución, por su tradición histórica, capaz de dotar de la estabilidad necesaria al país en su tránsito hacia un nuevo régimen parlamentario y liberal. Su implicación con la causa le acarreó algún que otro sobresalto. Franco reaccionaba implacablemente cuando se sentía amenazado.

¿Y qué podía hacer un liberal en el franquismo? El autor de este libro subraya que «aquellos liberales regresados impulsaron, cada uno a su modo, la recuperación de esta tradición política, bien a través del famoso silencio orteguiano, bien por medio de escritos, intervenciones e iniciativas desarrolladas desde diferentes ámbitos». Este fue el caso de Marañón, que publicó una serie de ensayos, junto a intervenciones públicas, en los que definía su postura política. También desde su convencido liberalismo, rei-

vindicó la españolidad del exilio frente al discurso de la Antiespaña que la dictadura esgrimía contra los republicanos. Hasta 1960, año de su fallecimiento, continuó alentando, colaborando e intercediendo por los exiliados y perseguidos que acudieron a él. Su amistad y cercanía con coetáneos como Cambó, Araquistáin, Madariaga o Indalecio Prieto hizo que éste le escribiese en agosto de 1956: «Es la de usted la única voz que me llega desde España para reconfortarme y consolarme».

En esta rigurosa biografía, Antonio López Vega ahonda, como hasta ahora no lo había hecho nadie, en la vida y obra de Gregorio Marañón, médico, ensayista, historiador e investigador, que supo vivir a tope en una turbulenta etapa de nuestra historia ©